

Saavedra descubridor; Almagro fundador

VICTOR DOMINGO SILVA*

Esta bahía fue la que en los primeros días de septiembre de 1536 descubrió el capitán Juan de Saavedra, jefe de las vanguardias de don Diego de Almagro.

Saavedra era natural de Valparaíso, en Castilla la Nueva, y, por eso, y por encontrar entre el paisaje que se ofrecía a sus ojos y el de su tierra natal, extraordinaria similitud, le dio este nombre.

Juan de Saavedra, desprendiéndose del grueso de la expedición de Almagro y desviándose hacia la costa, dio con el valle de Quintil, desde cuyas alturas divisó el *Santiaguillo*, uno de los barcos auxiliares que salieran poco antes del Callao, fondeado en la rada, y se puso en comunicación con él.

Al descubridor cupo la honra de bautizar con nombre castellano el paraje desconocido que acababa de entregar al dominio de S.M.C.; pero la fundación de la ciudad no cabe duda que se debe a don Diego de Almagro, que fue el primero en tomar posesión del territorio conforme a las leyes del descubrimiento y conquista de América.

Parece que las riberas de Valparaíso, como las de todas las caletas

*Con motivo de cumplir cien años la primera manifestación de independencia de Chile, la Comisión de Fiestas del Centenario encargó al entonces ya famoso poeta y escritor Víctor Domingo Silva, la redacción de una *Monografía Histórica de Valparaíso*, la que fue editada en 1910 por la Litografía e Imprenta Moderna, de Scherrer y Herrmann. Los escasísimos ejemplares que se conservan de dicha publicación son 'joyas bibliográficas'. A dicha monografía corresponden estas páginas.

vecinas, se hallaban habitadas por indios pescadores, de la raza de los 'changos', cuyos últimos vestigios se ven aún entre la gente del pueblo, oriunda de las costas del norte. Hasta hace cincuenta años, aún se veían balsas de cuero de lobo, semejantes a las que usaban aquéllos. Los changos constituían, por lo demás, una raza eminentemente migratoria, y las necesidades de su industria les hacía llegar, por el sur, acaso hasta la Quiriquina y, por el norte, hasta más allá de Arica.

Los caracteres físicos de los changos les daban gran semejanza con los indígenas de otras razas aborígenes; pero moralmente, diferían mucho, pues eran de un natural apacible y sumiso. Sin embargo de eso, y so pretexto de una sublevación, el capitán Juan Gómez, gobernador de Valparaíso, hizo matar, hacia 1550, todos los changos que había en el puerto y en sus alrededores. El degüello y la hoguera arrasaron con la especie.

El segundo buque llegado a Valparaíso fue uno de la expedición de Alonso de Camargo, a los mares australes (1540). La soledad más completa debía, no obstante, seguir reinando en el estrecho y pintoresco valle, hasta que la presencia de Pedro de Valdivia y los aventureros que le seguían dieran, realmente, principio a la vida del futuro "puerto de Santiago". El continuador de la obra de Almagro tuvo siempre la idea de establecer una comunicación periódica entre Valparaíso y el Callao.

En agosto de 1544, dos años y meses después de la fundación de Santiago, realizó su segundo viaje a Valparaíso y ejerció aquí el primer acto de autoridad que puede tener relación con la historia de nuestro puerto, declarándolo puerto de Santiago, es decir, punto de salida y entrada para la capital del Reino de Chile, y expediendo el nombramiento de gobernador en la persona de su lugarteniente, el ilustre marino genovés don Juan Bautista Pastene.

Algunos años más tarde, en 1549, Valdivia hizo labrar en la parte oriental del valle, en los terrenos conocidos durante mucho tiempo con el nombre de El Almendral, una estancia o fundo que nuestros abuelos llamaron la Estancia del Gobernador.

CORSARIOS Y FILIBUSTEROS

Después de la horrible e inútil matanza dirigida por Juan Gómez, Valparaíso, que no era más que un grupo de ranchos o ramadas, quedó deshabitado. El elemento indígena fue extinguido y los moradores españoles, espantados acaso ante el siniestro espectáculo que les ofreciera la crueldad de un hombre

o temerosos de alguna represalia de parte de los naturales del país, emigraron paulatina pero definitivamente.

El valle de Quintil, asiento de la naciente población, siguió presentando el mismo aspecto de salvaje belleza con que le sorprendiera su descubridor: altas lomas y quebradas cubiertas de verdura, boscajes profundos entre los que se destacaban muchísimos ejemplares de la flora nacional: palmas, quillayes, boldos, molles, canelos, etc. Algo maldito parecía haber quedado flotando sobre la tierra de Aliamapa (país quemado).

Pero la necesidad en que se encontraban los conquistadores de comunicarse con el centro de sus operaciones establecido en el Perú, les obligó a volver a Valparaíso para recibir los buques enviados del Callao.

Uno de éstos, al mando del piloto Juan Fernández —que también había auxiliado, por mar, a la expedición descubridora de Almagro— llevado por las corrientes y los vientos descubrió las islas que hoy llevan su nombre (1574) y que el romanticismo popular ha hecho célebres después de la publicación del *Robinson Crusoe*.

Al mismo tiempo que los españoles rehabitaban la población e iba ésta cobrando un poco de animación, dejábanse caer aquí los corsarios, cuyas expediciones ocupan tan negras páginas en la historia del mar. El primero de ellos fue el famoso Francisco Drake (el "Draque" de la tradición popular), quien al mando del *Pelícano* y otros cuatro pequeños barcos, asaltó el puerto el 4 de diciembre de 1578, apresó un buque español allí fondeado, saqueó el miserable caserío que había alcanzado a formarse en la playa, y se apoderó de unos sesenta mil pesos en oro listos para ser embarcados con dirección a España. Se robó también dos botijas de vino y los toscos pero valiosos vasos y ornamentos sagrados de la primera capilla de Valparaíso, fundada en 1559 por el obispo Rodríguez Marmolejo, precisamente en el sitio en que se construyó más tarde la iglesia Matriz.

No había de terminar el siglo XVI sin una nueva visita de piratas a la solitaria e indefensa caleta. Asaltóla Ricardo Hawkins ("Richarte") en abril de 1594, apresando tres navíos españoles¹. En ese año había ya una guarnición encargada del resguardo de la plaza. Su comandante, el capitán Alonso de Alvarado, avisó oportunamente a Santiago la presencia de los corsarios, acudiendo aquí el propio Gobernador de Chile don Alonso de Sotomayor, con todas las fuerzas disponibles. Hawkins entró en arreglos con el gobernador, pero, temeroso de una celada, no esperó el término de las negociaciones y, después de quemar las naves apresadas, zarpó con rumbo al Callao.

¹En realidad no debiéramos mencionar la nacionalidad de estas naves, puesto que sólo la bandera española podía flamear en nuestro litoral. Buque extranjero, era buque enemigo.

Años anteriores, había pasado frente a Valparaíso, para fondear en Quintero, el corsario sir Tomás Cavendish. Desembarcó una partida de 50 hombres, pero, cogida de sorpresa, se vio ésta obligada a reembarcarse atropelladamente con graves pérdidas. Distinguióse en esta acción, entre otros, don Luis de las Cuevas, el primer chileno de cuyo valor y atrevimiento en hechos guerreros haya guardado constancia la historia.

El pánico que producía entre los pobladores de Chile, especialmente entre los de la costa, el solo anuncio de los piratas, es más fácil de ser imaginado que descrito. Puede decirse que los dos primeros siglos de la vida colonial se deslizaron bajo la constante amenaza de su presencia en nuestras playas.

A fines de 1599 llegó a Valparaíso una nave, al parecer desmantelada. Apenas fondeó, largó una embarcación con dirección a tierra, sin manifestación alguna de hostilidad. Los colonos, sin embargo, la recibieron a arcabuzazos, haciendo caso omiso de los trapos blancos que los tripulantes agitaban en señal de paz. Por el capitán de la nave, Dirick Gerritz, que, herido y maltrecho, fue bajado a tierra, se conocieron las desventuras que les habían ocurrido. Aquel buque se llamaba el *Cerf Volant* y formaba parte de una flota de cinco naves que el año anterior había partido de Rotterdam, con el objeto de expedicionar en el Pacífico y de la cual los huracanes, el hambre y las enfermedades no dejaron en pie más que los nueve hombres que le acompañaban. Las autoridades de Valparaíso apresaron al *Cerf Volant* y enviaron a Gerritz a las fortalezas del Callao en calidad de prisionero.

Al año siguiente se presentó en el puerto una nueva flotilla holandesa, esta vez al mando del célebre Oliverio de Noort, quien, sabedor de la forma en que los españoles habían procedido con sus compatriotas, tomó venganza incendiando tres naves que se hallaban en la bahía después de pasar a cuchillo a sus tripulantes.

Pero de todas las expediciones organizadas por los holandeses con el objeto de hostilizar los dominios españoles del Pacífico, ninguna de mayor resonancia y peores efectos para Valparaíso que la dirigida por el almirante Joris Spilbergen, a quien debemos el primer bombardeo de la ciudad (12 de junio de 1615). Las tres casas que había en la playa fueron reducidas a cenizas, lo mismo que un buque fondeado cerca de la costa. Spilbergen desembarcó con 200 hombres, trabándose entre ellos y la guarnición de la plaza un reñido combate cuyo resultado fue la retirada de los asaltantes.

La flotilla de Spilbergen compuesta de los buques *Gran Sol*, *Gran Luna*, *Moneta*, *Eolo* y *Estrella Matinal*, hizo velas con rumbo a Quintero, desde donde prosiguió su crucero de terror y de pillaje.

Después de la poderosa cuanto desgraciada expedición de Jacobo de

L'Heremite (1623-1624), cuyo objetivo era nada menos que arrebatar a la Corona de España sus posesiones de Sudamérica, comprendieron los españoles la imprescindible necesidad de fortificar debidamente a Valparaíso. A espaldas del castillo de San Antonio, hecho construir por el gobernador Alonso de Sotomayor a raíz de la visita de Hawkins, se levantó una batería, cuya existencia se prolongó por más de un siglo.

COMERCIO Y CONTRABANDO

En los siglos XVI y XVII el comercio de Valparaíso se reducía a los géneros y víveres que traían los buques del Callao y a los productos del país que llevaban de retorno al Perú.

Un antiguo historiador afirma que eran de cuatro clases las exportaciones de Valparaíso en aquellos tiempos. La primera, la constituyan el sebo y los cordobanes; la segunda, el cáñamo y las jarcias del valle de Aconcagua; la tercera, las mulas que se internaban de la Argentina por Uspallata; y la cuarta, los coquitos de palma de la región central, especialmente de la región del mismo Valparaíso.

Esta nomenclatura da idea, en su simplicidad, de la pobreza del comercio colonial y del escaso movimiento del puerto de Valparaíso. Tenía esto su origen, en no pequeña parte, en el sistema implantado por el gobierno español, sistema de restricción absoluta que acabó por hundir a la Pensínsula en la miseria y que detuvo lamentablemente, por tantos siglos, el desarrollo de los países americanos.

La situación de los colonos, hay que decirlo, habría sido mucho más triste y penosa sin la intervención del contrabando, o comercio que se hacía clandestinamente y violando las prohibiciones establecidas por la metrópoli, desde años después del descubrimiento del nuevo mundo. El contrabando fue nuestra salvación. Se calcula que no menos de 200 buques franceses llegaron a Valparaíso o costas vecinas a fines del siglo XVII y principios del XVIII, logrando desembarcar cuantiosas mercaderías de que se surtían los mercados interiores con evidente beneficio para los consumidores, empujados por la necesidad de proteger un fraude que un sistema absurdo llegaba a hacer simpático.

En el siglo XVIII un nuevo producto vino a agregarse a la lista de exportaciones que ya enumeramos: el trigo. Los navieros del Callao y de Saint-Maló, acogiéndose estos últimos a una Real Cédula que permitía el comercio a las naves francesas mediante el pago de ciertos derechos, contribuyeron enormemente a dar a Valparaíso la importancia de plaza mercantil

que pronto fue adquiriendo. La plaza de guerra, el reducto militar, cambió, pues, de aspecto, gracias a las exigencias del comercio, y antes de mucho se vio convertida en una vasta bodega de depósitos.

Construyéronse unos grandes cuadrigolongos o galpones de adobes y teja a lo largo de la playa, desde la quebrada de Juan Gómez hasta la del Almendro, construcciones que más tarde formaron la calle del Comercio (llamada después de la Aduana) llegando hasta la quebrada de Elías y San Juan de Dios. Sus dueños eran los grandes hacendados del interior: el general don Francisco Cortés, los marqueses de Pica (Irarrázaval) y casa Real (García Huidobro), los capitalistas Iñiguez y Villaurrutia, el célebre corregidor don Luis de Zañartu y los padres de la Compañía de Jesús, no menos célebres.

En estas bodegas se acopiaba el trigo y otros cereales, a la espera de los barcos que debían llevarlos al Perú y a Francia. He ahí, a grandes rasgos, descrita la vida comercial de Valparaíso en sus dos y medio siglos de coloniaje: el xvi, según Vicuña Mackenna, del oro; el xvii, del sebo; y el xviii, del trigo. No daban para más nuestra escasa población y el apartamiento en que, con errada intención, nos mantenía la voluntad del monarca, nuestro señor y dueño.

A lo anterior podría agregarse aun que Valparaíso fue, desde mediados del siglo xix, una plaza de cierta importancia para la compra-venta de esclavos. Pero preferimos omitir este detalle, porque vemos el peligro de que el afán de condenar un hecho pasado ya, felizmente, a la historia, nos lleve demasiado lejos.

EL FIN DE LA COLONIA

Valparaíso, como pocas ciudades de Chile, se debe a la República. Necesitó este puerto del aura regeneradora de la libertad para crecer y agigantarse, llegando a ser lo que es y lo que dijimos al principio: la segunda ciudad de Chile y su metrópoli comercial. Antes, su importancia y población, fue inferior a Concepción, la capital del sur, y quizás si a La Serena, centro de la actividad del norte.

Valparaíso colonial fue un poblacho mal construido y secundario, un aldeón a donde recurrían los santiaguinos por pura necesidad. Acentuábase en él el carácter monótono y conventual de la vida del coloniaje, vida de chismografía y de forzada devoción.

Suceso que dejó recuerdo para largo tiempo y que tuvo beneficios positivos para la población, fue la visita que en 1789 verificó el presidente

del reino don Ambrosio O'Higgins, con el objeto de imponerse personalmente de las necesidades más premiosas que había que atender. Entre otras medidas, tomó el presidente la de establecer el "Cabildo, Justicia y Corregimiento" de Valparaíso, dejando, por consiguiente, de ser la simple "plaza de que era", en que la había convertido en septiembre de 1682 el presidente Henríquez, segregándola del corregimiento de Quillota, al que había pertenecido desde la Conquista.

Inauguróse el flamante Cabildo en abril de 1791, con dos alcaldes y cuatro regidores: fueron aquéllos don José Santiago Maza y don Pablo José Romero, y los últimos —cuyas varas se vendieron, como era costumbre, a buen precio y al mejor postor— los señores don Antonio Díaz Pérez, don Cristóbal Valdés, don Gregorio Andia y Varela (chileno) y don Julián Antonio de Castro, quien pujó hasta la suma de 250 pesos por el cargo de tesorero, que le fue conferido.

La segunda reunión del Cabildo verificóse el 16 de mayo siguiente, y en ella se acordó sesionar todos los jueves, por la tarde, después de la siesta. La sala municipal era el piso bajo de una casa particular ubicada en la plaza llamada entonces del Castillo, la misma que luego se llamó Municipal y que ahora es Echaurren. El canon de arriendo era el de 6 pesos mensuales. Sólo los alcaldes tenían sillas. Los regidores ocupaban dos bancas de tablas a medio tallar. El portero del Cabildo se llamaba Mariano Garcés y ganaba un sueldo de 30 pesos al año.

El Cabildo, cuyas entradas eran exigüas, emprendió algunas obras de utilidad pública, como el puente de San Francisco, costeado en parte por suscripción popular, y tomó a su cargo la atención de las necesidades locales. Pero al mismo tiempo, se preocupó de obtener para la población el título de ciudad o "carta de nobleza" como se llamaba su estandarte y su blasón, y de adquirir un bien raíz para evitar el pago de arrendamiento.

Logró para esto juntar algunos miles de pesos. El estandarte, en cuyo fondo se dibujaba la imagen de Nuestra Señora Santísima Madre de las Mercedes de Puerto Claro, patrona de la ciudad, importó en total 625 pesos, la carta de nobleza con el título de "muy noble y muy leal ciudad" 140 pesos y 6½ reales, y el blasón o escudo —que es el que todos conocemos— unos 300 pesos.

Concedido el título por Real Cédula de 9 de marzo de 1802, vino a llegar aquí en 1814, cuando ya Chile había proclamado su independencia. El general Carrera, jefe entonces de la Junta Gubernativa, dictó un decreto para dar cumplimiento a aquélla (7 de agosto de 1811).

Tenía el Cabildo unos 2.000 pesos para adquirir una casa. Pero la que le gustaba y en realidad era la más apropiada valía 4.000 pesos. ¡Tremendos

apuros! Hizo gestiones para levantar un empréstito entre los diversos conventos establecidos en la población —los RR. PP. prestaban al 5% anual— pero lo supo a tiempo el gobernador de la plaza, don Joaquín de Alós, y aunque tenía fama de tacaño, les facilitó él mismo el dinero que faltaba a un interés igual al que fijaban los sagrados prestamistas. La primera casa propia del Cabildo estaba ubicada en el corazón de la ciudad de entonces, entre Santo Domingo y la Matriz.

El camino de Santiago fue abierto e inaugurado por el mismo Presidente O'Higgins en 1802. No llegaba, como ahora, hasta el plan por las Delicias, sino que del Alto del Puerto torcía hacia el oeste, y bordeando los cerros, llegaba al 'centro' que, como hemos dicho, lo formaba el barrio llamado ahora del Puerto. El cerro de Carretas debe su nombre a las posadas para esos carruajes establecidas allí. También se debe a don Ambrosio el arreglo del camino —no calle— que conducía del Puerto al Almendral, por la playa, y que una braveza de mar destruyó al desmoronar el "Cabo" o promontorio que dio nombre a la que es hoy calle de Esmeralda.

La noticia de la constitución de la primera Junta Revolucionaria en Santiago fue traída aquí por el delegado de dicha Junta don Fernando Errázuriz, cuatro días después de haberse realizado acto tan trascendental, o sea, el 22 de septiembre de 1810. Dos días después se reunía el Cabildo para tomar conocimiento oficial de aquella comunicación.

El acto más sonado que, con relación a Valparaíso, se daba a la Junta revolucionaria, fue la deposición o separación del viejo gobernador Alós, llevada a cabo en enero de 1811, reemplazándole en el cargo el coronel don Juan Mackenna, cuyas simpatías por la causa de los criollos no eran un secreto para nadie.

Sólo a partir de esta fecha puede decirse que empezó a filtrarse entre las capas sociales de mayor cultura, en Valparaíso, el primer rayo de luz de libertad. La chispa no prendió inmediata ni totalmente, debido a que el elemento más poderoso por su fortuna y su influencia —el comercio— era casi todo de nacionalidad española. La menor intentona de autonomía y separatismo habría sido para los abuelos godos un crimen digno de la hoguera. Pero la gran masa del pueblo era chilena, y no faltaban, tampoco, entre los criollos, gente de posición y de valer. Decididamente, empezaba la agonía del régimen colonial, lo mismo en Valparaíso que en el resto del territorio. Ya era tiempo.

LOS GOBERNADORES

Hemos dicho que el descubrimiento y el nombre de Valparaíso se deben al capitán Juan de Saavedra (1536)², y que fue su primer gobernador el marino genovés don Juan Bautista Pastene, almirante del mar del sur (1544).

Vicuña Mackenna ofrece una lista de autoridades locales, hasta 1682, cuidando de advertir que puede haber omisiones y que es forzoso que, por largos períodos, no hubiera autoridad alguna en el desolado valle de Quintil. Hela aquí, descontando los anteriormente nombrados:

Alonso de Alvarado	1594
Pedro de Recalde	1612
Jerónimo Hernández	1613
Francisco Martín del Carro	1618
Juan Rodríguez Castro	1650
Francisco Díaz Agustín	1660
Manuel Morales	1664
Antonio Caldera	1669
Podría agregarse a Juan Gómez, gobernador en	1550

Desde 1682, año de la declaración de "plaza de guerra" hecha para Valparaíso por el presidente del Reino, hubo, según el mismo historiador, los siguientes gobernadores:

General José Francisco de la Carrera	1682
Almirante Pedro de Amaza	1682
General Francisco Mardones	1695
Corregidor Pedro Gutiérrez Espejo	1697
Capitán Matías Vásquez de Acuña	1701
Encomendero Tomás Ruiz de Azúa	1706
Mercader José del Portillo y Orcasitas	1709
Comandante Juan Velázquez de Covarrubias	1715
Capitán Juan B. Tobar del Campo	1715
Teniente coronel José de la Torre Verdugo	1729
Teniente coronel Juan Martín Gómez	1747

²Juan de Saavedra o Sayavedra vino a América con Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala; después pasó al Perú, y allí fue tentado por Almagro para venir a Chile. Saavedra era el capitán más joven. De regreso de la aventura tuvo notorias actuaciones en tierras peruanas, siendo finalmente ahorcado por el maestre de campo Francisco Carvajal, en octubre de 1544.

Sargento mayor Bartolomé González de Sta. Yana	1756
Teniente coronel Antonio Martínez de la Espada y Ponce de León	1759
Capitán Francisco Araos	1767
Teniente coronel José Salvador	1784
Coronel Luis de Mora	1789
Coronel J. Fco. de Paula Martínez y Santa Cruz	1796
Coronel Joaquín de Alós	1799
Teniente coronel Antonio García Carrasco	1802
Coronel Joaquín de Alós hasta	1811

No cupo, como hemos dicho, participación muy activa a la población de Valparaíso —hecha ciudad por Real Cédula de 1802 y Decreto Supremo de 1811— en las diversas contingencias de la guerra de emancipación. Aun en los albores del pasado siglo, seguía nuestro puerto siendo un rincón secundario de la nación, un pueblo de escasa vida propia.

Pero hemos dicho también que Valparaíso se debe por entero a la República. Plaza marítima y comercial, necesitaba como ningún otro centro de población del tonificante efecto de la libertad. Los diez años siguientes a la proclamación de la independencia bastaron, a pesar de la guerra, para hacer del humilde caserío colonial un pequeño emporio, abierto a las banderas de todas la naciones. La Reconquista, que hizo sentir formidable y a veces dolorosamente su reacción, no se atrevió a innovar.